

“La participación electoral como mecanismo de cambio político en elecciones de gobernador, 1989-2016.

Orlando Espinosa Santiago¹

Mesa de trabajo X: Democracia directa y mecanismos de participación ciudadana

Trabajo preparado para su presentación en el XVIII Congreso Internacional de Estudios Electorales denominado “Los Desafíos Globales de la Gobernanza Electoral” que se realizará en la Ciudad de México los días 22, 23, 24 y 25 de agosto de 2017.

¹ Doctor de Investigación en Ciencias Sociales con mención en Ciencia Política por la FLACSO-México. Profesor-Investigador del Instituto de Ciencias de Gobierno y Desarrollo Estratégico, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. orlando.espinosa@correo.buap.mx

Introducción.

En general, hay una creciente preocupación por indagar las causas de la participación electoral y el abstencionismo registrado en las elecciones en México. Específicamente la observación de elecciones con menores niveles de participación electoral ha motivado la realización de estudios para localizar la población, ubicación y temporalidad de aquellos que aun gozando del derecho de acudir a las urnas, finalmente no lo hacen por diversas razones o circunstancias. Pero sobre todo, se ha tratado de indagar cuáles son los factores que determinan este fenómeno, la ausencia de votantes el día de la elección en todos los niveles de gobierno, y en especial en elecciones estatales o locales, donde se observa, con mayor frecuencia, la débil participación ciudadana. Frente a esta problemática, usualmente se recurre a considerar la participación electoral –o el abstencionismo- como la (s) variable (s) dependiente (s) a explicar a partir de variables independientes (edad, problemas técnico operativos, diseño legal, concurrencia de elecciones, nivel educativo, ingreso, escolaridad, identificación partidista, número de partidos y competitividad). Creo que podemos aprender más al revisar si los ciudadanos han utilizado la participación electoral como mecanismo de cambio político. Este ejercicio se concentrará en probar la hipótesis de que la mayor participación electoral incide en el logro de la primera alternancia en las gubernaturas de México en el periodo 1989-2016. Suponemos de alguna manera que los ciudadanos sí han participado y han utilizado el voto para renovar autoridades desde hace algunos años en el nivel subnacional. La ponencia tiene como aportes evidenciar la participación electoral en la dimensión subnacional –un aspecto soslayado por los estudios-, y evaluar la participación electoral como variable independiente relevante para el logro de la alternancia política en perspectiva comparada.

Para llevarla a cabo, la ponencia se divide en 5 apartados. En la primera se resalta *la centralidad de los votos para la democracia* y enuncia algunas formas de su explicación. En la segunda, se afirma que el acto de votar no es automático ni único en ninguna sociedad, por lo cual distingue algunas formas de participación y establece que la “participación electoral” se refiere exclusivamente al acto de votar pero cuyo significado –y niveles de participación- variará según sea el marco democrático en el cual opere -

democracias recientes o establecidas-. La tercera ofrece una breve presentación de las perspectivas que se han empleado para explicar por qué los ciudadanos acuden a las urnas. La cuarta señala que la inversión del análisis, considerando la participación electoral como variable independiente en la explicación de la alternancia política en las gubernaturas desde un ejercicio de regresión logística, muestra empíricamente que si bien es significativo el impacto, dista mucho de ser el mecanismo privilegiado de cambio político. La quinta sección se concentra en presentar los niveles de participación electoral en los estados que han experimentado la alternancia y en aquellos donde se registra la continuidad del PRI. Llama la atención sobre la necesidad de la comparación en profundidad para indagar variables coyunturales e históricas que configuren un terreno propicio para elevar la participación en elecciones de gobernador en estados como Yucatán o Tabasco.

1. Una condición básica de la Democracia: elecciones y votos.

Para los estudiosos de la democracia, un rasgo central de éstas es la celebración periódica de elecciones (Dahl, Held, 1992; Sartori, 1988; Riker, 1982). En los comicios, los ciudadanos eligen entre una variedad de ofertas cuyo propósito es obtener los votos suficientes para conocer los partidos políticos que habrán de acceder a los órganos de gobierno (Schumpeter, 1983), pero también para determinar quiénes serán la oposición. En teoría ésta podrá organizarse y luchar por lograr el apoyo ciudadano en las siguientes elecciones (Pzeworski, 1995; Dahl, 1966; Pasquino, 1998). De ahí que las elecciones sean percibidas como el medio pacífico a través del cual se renovarían las autoridades y se vitalizará el orden social al incorporar las preferencias ciudadanas expresadas agregadamente en las elecciones. Sin embargo, no está clara cuál es la motivación o razones de por qué los ciudadanos acuden a las urnas.

La literatura politológica ha propuesto cuatro vertientes teóricas para explicar por qué los ciudadanos votan. La vertiente *sociológica*, considera el acto de votar como resultado del entorno social del individuo a través de procesos comunicativos derivados principalmente de “contactos personales entre los electores y los líderes de opinión” (Moreno, 2009: 22) previa mediación de los medios de comunicación masiva; la segunda, conocida como

escuela de Michigan —o perspectiva *social psicológica*— distingue como principal motivación del voto las actitudes políticas en el corto y largo plazo, las primeras serían aquellas “que los electores tienen hacia los candidatos y partidos” y las segundas se referirán básicamente a la identificación partidista, la cual es conformada por procesos de largo alcance en el ámbito social-contextual (Moreno, 2009). La *elección racional* es la tercera. Influida por la perspectiva económica, concibe el votar como resultado del análisis costo–beneficio que hacen individualmente los electores en tanto supone la búsqueda de la maximización de utilidad (Downs, 1973; Moreno, 2009). El cuarto enfoque se refiere a los *clivajes políticos*. Básicamente asume al voto como reflejo de las “divisiones estructurales existentes en una sociedad en un momento dado” (Moreno, 2009:33), lo cual se traduce en la estrecha relación entre las diferencias socioculturales y las lealtades partidarias de grupos. Divisiones típicas de toda sociedad son las diferencias de clase, heterogeneidad religiosa y secular, tensiones entre las relaciones políticas del centro político nacional y las provincias periféricas, entre otras. Desde esta teoría, el voto “se refiere a la interacción entre grupos socioestructurales y los partidos políticos” (Oskarson, 2005:85).

Habría que agregar una quinta vertiente, bastante nueva en las teorías del voto, la llamada teoría de las *coaliciones electorales*, entendida como “alineaciones o configuraciones de votantes ancladas en diferencias estructurales o valorativas, las cuales se han formado por la movilización política de las divisiones sociales o temáticas, traducándose en apoyo político más o menos, aunque no inmutable, a los partidos políticos” (Moreno, 2009: 42).

Más allá del alcance científico sobre la explicación del voto, todas las perspectivas asumen que votar es central para la democracia y confían en que los ciudadanos votarán el día señalado por las autoridades electorales. La historia ha demostrado que no todos acuden al llamado de las urnas y los especialistas han revelado diferencias significativas dependiendo del tipo de régimen político en cuestión. ¿A qué se debe que no todos los ciudadanos acudan a emitir su sufragio el día de la elección contando con los requisitos y garantías mínimos para realizarlo?, en otras palabras, ¿qué explica la participación electoral?

2. Participación electoral en viejas y nuevas democracias.

Antes de entrar en materia es pertinente distinguir entre participar (genéricamente), participación política (referida a la relación de los ciudadanos con los órganos gubernamentales, donde el voto es uno de los mecanismos disponibles) y la participación electoral. En primer lugar, *participar* significa genéricamente “tomar parte: convertirse uno mismo en parte de una organización que reúne a más de una persona. Pero también significa compartir algo con algo o alguien o por lo menos, hacer saber a otros alguna noticia” (Merino, 1997: 9); la *participación política* en cambio se refiere “a cualquier medio empleado como parte de un esfuerzo por influir en la selección de políticas públicas y en la distribución de bienes públicos, independientemente de que el poder lo acepte o no” (Somuano, 2005:67), y bajo este concepto podemos considerar la emisión del sufragio, involucrarse en marchas, realizar denuncias públicas en medios masivos de comunicación, actividades de protesta en la calle o en las redes sociales electrónicas, hasta actos ilegales y violentos de terrorismo (Norris, 2002; Buendía y Somuano, 2003; Somuano, 2005); y finalmente, con la *participación electoral* se describe exclusivamente a la participación ejercida por los ciudadanos quienes emitieron su voto el día de los comicios, pues una cosa es el “elector” y otra el “votante”: “el elector cumple con todos los requisitos de ciudadanía y edad para ser elegible como votante, además de que esta registrado en el padrón electoral y cuenta con su credencial para votar. Esto lo hace un elector de *jure*, o por derecho. El votante de *facto* no solo cumple con esos requisitos, sino que además asiste a emitir su sufragio el día de la elección, es decir, hace válido su sufragio” (Moreno, 2009: 296).

Todas las formas de participación son un acto social en el sentido de que supone cierto interés en tomar parte de los asuntos públicos o comunes, donde juegan un papel importante las circunstancias sociales e individuales para su realización concreta, donde “no todos quieren participar aunque puedan, y no todos pueden hacerlo aunque quieran” (Merino, 1997:11). Si razonablemente se acepta que no puede haber un nivel de participación perfecta, entonces debemos aceptar con cierta tranquilidad que la participación está ligada necesariamente a una distribución desigual o heterogénea de la ciudadanía –quienes poseen distintos niveles de recursos, conocimientos, motivaciones y

circunstancias a nivel individual, como también distintas condiciones históricas, macroeconómicas, socioculturales y de régimen político—.

Específicamente en un régimen democrático, la participación está mínimamente vinculada a la noción de representación política, pues mediante ella se eligen —a través del ejercicio básico del voto— a los ciudadanos quiénes ocuparán los cargos públicos de gobierno. Esto no implica en lo absoluto que la participación se agote en las elecciones o que el voto sea la única forma de participación democrática (Merino, 1997:13). Los especialistas han documentado variadas formas de participación no electoral (Somuano, 2005)², incluso se ha hilvanado que el aumento o declive de la participación electoral está relacionado hipotéticamente con otras formas de participación política (Buendía y Somuano, 2003). También se han referido a las formas inusuales y significados distintos de la participación en regímenes no democráticos (Hermet, 1982; Linz, 2000).

Más allá de estas peculiaridades, la participación en un régimen democrático supone el establecimiento de reglas, instituciones y libertades básicas de los ciudadanos, pero sobre todo, valores que refuerzan el ejercicio mismo del voto y la profundización de la democracia (Meyenberg y Flores, 2000).

Estudios recientes señalan insistentemente la complejidad del fenómeno de *la participación electoral tanto en las viejas como en las nuevas democracias*. En estas últimas es importante analizar la participación ciudadana porque los procesos de consolidación democrática requieren de una amplia aceptación de las reglas del juego democrático (Norris, 2002), pero además los grados o niveles de participación electoral suelen tomarse como uno de los indicadores de la solidez de la democracia representativa. Sin embargo, acudir masivamente a las urnas no es síntoma de consolidación democrática: en muchos regímenes autoritarios el llamado a las urnas es un acto plebiscitario donde se busca legitimar a las autoridades electas en ausencia de un sistema electoral y de partidos políticos competitivo (Norris, 2002: 9). Pero también es cierto que los raquícos niveles de

² De la participación más allá del voto se distingue entre participación convencional y no convencional, la primera incluye actividades que “requieren cierta iniciativa individual pero de poca cooperación con otras personas (publicar cartas en periódicos, pedir apoyo a organizaciones civiles o políticas, llamar a un programa de radio, etc.)”, mientras que la segunda se refiere a “actividades que requieren de mayor interacción y cooperación entre individuos (colectar firmas, formar comisiones vecinales, unirse con otras personas afectadas por el mismo o similar problema, etcétera) (Somuano, 2005: 68).

participación ciudadana –¿o electoral?- están asociados a las débiles bases de las nuevas democracias (Merino, 1997: 39-40; Lutz, 2005: 794; Durand, 2007).

A pesar del continuo debate acerca de los niveles aceptables de participación ciudadana –y más específicamente la de carácter electoral- en una democracia, no hay consenso acerca de los parámetros adecuados para todas las sociedades o países (Norris, 2002; Merino, 1997:39), incluso hay tensiones entre las metodologías utilizadas para su medición en el tiempo lo cual incentiva las divergencias acerca de los niveles de participación a nivel mundial o regional, pues mientras algunos encuentran crecimientos en los niveles de participación electoral, otros señalan su deterioro en el largo plazo (Norris, 2002; IFE, 2002).

El asunto crucial en las nuevas democracias -como la mexicana- es que además de que los ciudadanos acuden a emitir su voto como lo hacen en democracias industrializadas – desarrolladas o antiguas, según se prefiera-, “arrastran” actitudes y comportamientos formados y socializados de los gobiernos autoritarios (Buendía y Somuano, 2003). Ello acarrea la presencia de resultados contradictorios³ y ciudadanos insuficientemente comprometidos con el sistema democrático (Durand, 2007: 180), provocando que muchas explicaciones del contexto Europeo o Estadounidense, no apliquen a los casos de otras regiones del mundo, y en particular a la región Latinoamericana. Por ejemplo, mientras en Estados Unidos las elecciones intermedias de 2002 reportaban una participación electoral del 37% (IFE, 2002: 36), en México las elecciones intermedias de 2003 consiguieron alrededor de 41.7% (IFE, 2011). La diferencia reside en que mientras para el país vecino los resultados no significaron un déficit democrático, en México la cifra registrada se convirtió en asunto de interés público y mediático “por sus graves implicaciones” para el futuro de nuestra inaugural democracia electoral.

Y no es la cifra en sí lo que importa, sino el contexto político institucional donde se acontecieron. En *democracias recientes* –como la mexicana-, la ausencia de participación ciudadana en las urnas “puede interpretarse como un problema de credibilidad y legitimidad del propio proceso de democratización, en especial si la expectativa es que la

³ Apoyo a la democracia pero con simpatías por liderazgos que resuelvan problemas sin importar el respeto por la ley (Durand, 2007).

transición sea impulsada y conducida por la vía electoral (IFE, 2002: 36-37; Schedler, 2009). Esto no sucede en las *democracias consolidadas* donde la legitimidad no se deriva estrictamente del aspecto electoral “sino en la presunción de que las elecciones son un procedimiento continuo, fiable o efectivo y permanente que sirve de pase para la edificación de mecanismos de rendición de cuentas y le otorga el poder al ciudadano para elegir a sus gobernantes” (IFE, 2002: 37). En estas democracias de larga data, los principales actores políticos y la ciudadanía en general reconocen a la democracia como el único juego político electoral en el que están dispuestos a participar (Przeworski, 1995).

3. Enfoques sobre la participación electoral (o las variables independientes que la explican). Existen cinco maneras de explicar la participación electoral.⁴ Desde la *elección racional* el acudir a las urnas obedece a un cálculo costo-beneficio y de lo decisivo del voto en el resultado de la elección. Acudir a votar desde esta perspectiva es el resultado de que el elector calcule *mayores beneficios si lo hace en relación a los costos de no hacerlo* (Downs, 1973). La segunda vertiente es el *enfoque de recursos*, desde esta perspectiva emitir efectivamente el sufragio se relaciona con los recursos individuales en posesión individual de cada uno de los ciudadanos. En consecuencia, *la mayor cantidad de recursos*, entendidos como tiempo, dinero, habilidades cívicas y otras, *incidirá positivamente en la propensión de participar electoralmente*. Otras variables consideradas en estudios referidos al caso mexicano son el sexo, los niveles educativos y la edad (Moreno, 2009; IFE, 2002: 41; Somuano, 2005).

El tercero es el enfoque de *movilización*. Para esta mirada quienes votan responden “por medio de las redes sociales, a los esfuerzos que los políticos hacen para facilitar el acto de votar” (Rosenstone y Hansen, 1993, citado en Moreno, 2009: 293). Aquí es central la capacidad de los actores políticos (partidos, grupos, asociaciones y medios de comunicación) en la definición de la intensidad de participación ciudadana así como de la influencia de las actividades de campaña mediante la penetración de frases e imágenes

⁴ Hay quienes en realidad lo reducen a dos conjuntos de estudios: el primero centrado en características “micro individuales - el estatus socioeconómico, la edad, la afiliación religiosa, las orientaciones políticas y las disposición psicológicas”, el segundo orientado principalmente a “las consecuencias cívicas del contexto comunitario y las redes de asociación” (Temkin, et al., 2007: 136).

entre la ciudadanía (IFE, 2002: 41). La *motivación psicológica* es el cuarto enfoque, establece mayor propensión de votar de quienes manifiestan un mayor interés en la política. La *interpretación sociológica* afirma que los individuos responden a su entorno social en donde acudir a emitir el sufragio se relaciona con normas y aceptación social (Moreno, 2009).

Finalmente hay una vertiente llamada *vinculatoria*, la cual establece los grados y formas en que los ciudadanos están relacionados o vinculados al sistema político, de ahí la relevancia del interés, eficacia política, “confianza en partidos e instituciones públicas, así como la sensación de cercanía o extrañamiento en relación con la vida política” (IFE, 2002: 41)⁵. Estudios recientes han confirmado la importancia de los contextos institucionales en los niveles de registro y participación electoral (Norris, 2007) propuestos por esta línea de estudio.

Básicamente la literatura contemporánea presenta los resultados más conocidos sobre participación electoral y abstencionismo, reiterando el peso de variables socioeconómicas (marginación, pobreza, edad y escolaridad), institucionales como la lista nominal –en el caso mexicano del IFE-, tipo de elección (presidenciales o legislativas) o concurrencia electoral (elecciones federales, estatales y municipales), número de partidos y competencia electoral (Morales, et al, 2011: 319-322). En general, estos hallazgos concuerdan con la teoría y estudios contemporáneos y obviamente el peso de las variables son en relación a las elecciones, años y países analizados, pero ante todo con la coyuntura y la historia política local (Gómez, 2009).

No obstante esta normalidad explicativa de la participación electoral y el abstencionismo en México, quiero llamar la atención sobre tres hechos significativos de los recientes hallazgos: en primer lugar, mientras que en las democracias avanzadas la mayor presencia de partidos políticos y competitividad se corresponde con *menor* abstencionismo, en nuestra democracia de reciente facturación, la mayor presencia de partidos y mayor competitividad se corresponde con *mayor* abstencionismo, algo contrario a la expectativa teórica (Morales, et al, 2011:321); en segundo lugar, los análisis comúnmente utilizan datos

⁵ Puede consultarse en el documento referido del IFE las relaciones, implicaciones y ejemplos de investigación en México sobre el enfoque de recursos, movilización y vinculación (IFE, 2002, 41-48).

de elecciones federales (presidenciales o legislativas) y no distinguen –hasta donde conozco- respecto de elecciones de ejecutivos estatales, diputados locales o presidentes municipales. De hecho, al menos dos estudios de reciente facturación no usan datos de elecciones estatales, sino que analizan los datos de elecciones federales en los estados (Gómez, 2009; Morales et al, 2011); y en tercer lugar, no se evalúa la manera en que “históricamente” los ciudadanos mexicanos han “usado a la participación electoral como factor de cambio político”, es decir, se ha marginado del análisis la participación electoral como variable independiente.

El primer punto es importante para los partidos políticos. Porque para el ciudadano promedio, el incremento del número de partidos, o su cercanía de fuerza política en la contienda, no los motiva a participar, y por el contrario, los desmotiva. A mi juicio, esto puede deberse a la baja representación que encuentra el ciudadano en los partidos, pero también porque la alta competitividad eleva –usualmente- la conflictividad de las campañas..., y lo “sucio” de la política. En otras latitudes, la similar fuerza política –o elevada competitividad- eleva la participación electoral en cuanto los ciudadanos quieren participar para que su opción electoral triunfe y ocupe los cargos de gobierno así como ciertas políticas o programas de gobierno.

En caso de registrarse por el contrario una baja competitividad –o la distancia entre las principales fuerzas políticas es muy amplia-, entonces los ciudadanos se desmotivan para acudir a las urnas, y esto sí se confirma en el caso mexicano. No es casualidad que en el reciente caso de la elección de gobernador mexiquense, la nota principal de los medios haya sido la baja participación electoral en medio de una imponente fuerza política del PRI, quien registraba una separación de fuerza desde 2009 en la entidad.

El segundo, porque la participación claramente es mayor –en el caso mexicano- para las elecciones presidenciales, y menor para el resto de elecciones. Sin embargo, no se analizan a la luz de los principios de elección –mayoría y representación proporcional- que son específicos para cada tipo de elección. Mientras el principio de mayoría no disminuye la participación electoral de la ciudadanía en la elección presidencial, sí castiga el llamado a las urnas en los estados de la federación, y casualmente es en este terreno donde el PRI ha perdido menos según la revisión de la historia política contemporánea (Espinosa, 2011),

baste decir por el momento que mientras en los congresos federales y estatales este partido político ha llegado a perder al menos el 50% de los escaños, nunca ha perdido la mitad de las gubernaturas desde que se iniciaron las alternancias políticas en los estados en 1989. En otras palabras, salvo la elección presidencial donde opera el principio de mayoría, en las elecciones para gobernador donde también opera el mismo principio sistemáticamente es castigado el régimen político por la ciudadanía con su desinterés en las urnas.⁶

La tercera cuestión es preguntarnos hasta qué punto ha “servido” la participación electoral como variable significativa en la explicación del cambio político a nivel de los estados⁷, pues en ocasiones se asume que si los ciudadanos acudieran con mayor proporción a emitir su voto, estos serían para derrotar al PRI –como reclamaba la oposición (PAN y PRD) en el estado de México en 2011-. Vale la pena preguntarnos entonces si al incrementarse la participación electoral, tenemos evidencia -de manera comparada- que incide en el logro de la alternancia en la gubernatura.

4. La participación electoral (como variable independiente) y la alternancia en las gubernaturas: un ejercicio de regresión logística.

Este apartado analiza la incidencia de la participación electoral como variable explicativa de la alternancia política en las gubernaturas de los estados. La hipótesis general es que la mayor participación electoral en las elecciones de gobernador provocará la alternancia política en los ejecutivos estatales.

La propuesta de análisis asume que dada la democratización por la vía electoral (Schedler, 2009) en México, el ciudadano percibe en el ejercicio del sufragio un mecanismo de

⁶ A mi juicio esto va de la mano con la debilidad de la oposición histórica para ganar elecciones por el mecanismo de mayoría relativa, alejada del cómodo terreno de la representación proporcional.

⁷ Quiero aclarar esta cuestión que puede resultar polémica: considero el cambio político como equivalente de alternancia política en la gubernatura. Acepto que estoy haciendo una reducción en tanto la participación electoral no es la única o la forma privilegiada de los ciudadanos para participar (Somuano, 2005) y que se podría objetar que sí ha habido cambios en los congresos locales a pesar de que no los hubiera en las gubernaturas. Aunque esto es verdad, debido al sistema mixto de elección, los partidos políticos menores –u oposición política marginal- puede encontrar expresión en tanto llegar al congreso es más fácil, pero en las gubernaturas, los partidos menores son castigados por la regla de mayoría en un distrito electoral uninominal, donde el territorio de cada entidad se convierte en un solo distrito.

cambio político, y esto deriva de una enseñanza histórica contemporánea, donde los partidos políticos por la vía electoral transformaron las reglas e instituciones hacia condiciones formalmente democráticas, haciendo de nuestra transición a la democracia, una “transición votada” (Merino, 2003). Además, debido al dominio ininterrumpido del PRI, el ejercicio considera como alternancia solo aquellas donde éste partido es derrotado por primera vez. Y finalmente, como en el caso mexicano la reelección de los gobernadores está prohibida, entonces suponemos que el ciudadano usa al voto para “castigar” al partido en el gobierno. En el fondo, la pregunta es ¿el ciudadano acude en mayor cantidad para provocar la alternancia política en las gubernaturas?, ¿el ciudadano ha usado su voto como mecanismo de cambio político?

Vale la pena algunas aclaraciones metodológicas. En primer lugar, la variable dependiente “alternancia política” se refiere al cambio de partido político del titular del poder ejecutivo en los estados de la federación mexicana ocurrida por primera vez, considerando el periodo 1989-2012. La variable dependiente se codifica como 1 cuando se registra y 0 cuando está ausente. La variable independiente, “participación electoral”, se define como el porcentaje de ciudadanos que además de cumplir con los requisitos legales (electores), acude efectivamente a depositar su sufragio el día de la elección para gobernador (votante). Esta variable adquiere valores desde 0 a 100, y su unidad es “porcentaje de personas que acuden a votar en la elección de gobernador”. Se calcula restando a la votación total, la votación válida efectiva, multiplicándola por 100, y dividiéndola entre el total de la lista nominal.

En segundo lugar, como se busca explicar la incidencia de la participación electoral sobre la alternancia, entonces se registra en cada estado el número de elecciones para gobernador hasta donde se logra la misma. En Guerrero, por ejemplo, la alternancia política se dio en 2005, pero la base de datos considera la participación electoral en las elecciones de gobernador de 1993, 1999 y 2005, la última elección de gobernador (2011), ya no se considera porque es una elección post-alternancia. Pero en el caso de entidades sin alternancia, como por ejemplo, el estado de México, se consideran todas las elecciones de gobernador después de 1988 (1993, 1999, 2005, 2011) porque no se ha registrado el fenómeno a analizar. La consideración de los casos positivos y negativos es para no tener el

sesgo de selección por la variable dependiente (es decir, solo analizar los casos de alternancia política).

En tercer lugar, la base de datos tiene un registro de 95 observaciones, es decir, 95 elecciones de gobernador. Si no se pretendiera analizar la alternancia en la gubernatura donde pierde el PRI por primera vez, entonces las observaciones se elevarían a 128.

En cuarto lugar, dada la naturaleza de la variable dependiente (binaria, donde solo adquiere valores 1 y 0), procede un análisis logístico binario para determinar la incidencia de la variable independiente sobre la dependiente.

De acuerdo con el ejercicio realizado en SPSS, el modelo construido con una sola variable independiente es significativo (0.06) según la prueba ómnibus para los coeficiente del modelo.

Cuadro 1.

Prueba ómnibus para los coeficientes del modelo.

Omnibus Tests of Model Coefficients				
		Chi-square	df	Sig.
Step 1	Step	7.501	1	.006
	Block	7.501	1	.006
	Model	7.501	1	.006

Según se puede apreciar en el cuadro 2, -“Resumen del modelo”-, el valor de la R cuadrada de Cox y Snell señala que apenas el 7.7% de la variación de la variable dependiente (alternancia en las gubernaturas) es explicada por la variable independiente incluida en el modelo (participación electoral en la elección de gobernador). Esto significa que si bien la variable es significativa, requiere de otro conjunto de variables que hagan más potente la capacidad predictiva del modelo.

Cuadro 2.

Resumen del modelo.

Model Summary			
Step	-2 Log likelihood	Cox & Snell R Square	Nagelkerke R Square
1	94.793 ^a	.077	.116

a. Estimation terminated at iteration number 5 because parameter estimates changed by less than .001.

Con la introducción de la variable independiente, casi el 75.5% de los casos ha sido clasificado correctamente como se puede apreciar mejor en el siguiente cuadro número 3.

Cuadro 3.

Tabla de clasificación de la variable dependiente.

Observed			Predicted		
			alterna		Percentage Correct
			0	1	
Step 1	alterna	0	70	2	97.2
		1	21	1	4.5
Overall Percentage					75.5

a. The cut value is .500

En el cuadro número 4, donde se aprecian las variables en la ecuación podemos observar el p-valor de la variable partic (“participación electoral en las elecciones de gobernador”) la cual tiene una magnitud de 0.07, esto indica que los valores observados y predictivos son

estadísticamente significativos, pero aceptando un error de casi el 10%. Dicho brevemente, la participación electoral comparativamente ha sido significativa, pero no podemos afirmar que al elevarse los niveles de participación se eleva la probabilidad de la alternancia en las gubernaturas.

Cuadro 4.
Variables en la ecuación.

Variables in the Equation								
		B	S.E.	Wald	df	Sig.	Exp(B)	95% C.I. for EXP(B)
								Lower Upper
Step 1 ^a	partic	.078	.031	6.504	1	.011	1.081	1.018 1.148
	Constant	-5.652	1.815	9.697	1	.002	.004	

a. Variable(s) entered on step 1: partic.

Sin duda, el modelo adquirirá mayor robustez en el futuro cuando se logre incorporar otras variables que puedan elevar la predicción con mayor confiabilidad.

En resumen, según el análisis precedente, la participación electoral ha sido significativa para la alternancia en las gubernaturas, pero dicha variable no tiene la capacidad de mostrarnos con mayor confiabilidad la probabilidad de que suceda o no la alternancia en las gubernaturas. En otras palabras, dado los resultados comparados, se puede inferir que se ha logrado alternancias políticas sin elevar los niveles de participación electoral. Exploremos los datos de manera más minuciosa.

5. La participación electoral en la federación mexicana: casos de alternancia y continuidad en las elecciones de gobernador 1989-2012.

Si bien debemos reexaminar el modelo, podemos afirmar que el incremento de la participación electoral no está fuertemente asociado a la alternancia en las gubernaturas de los estados. Esto significa que la ciudadanía no ha visto en el incremento del ejercicio del

voto la ruta privilegiada para lograr el cambio en las gubernaturas. Sin embargo, ¿tendríamos que renunciar a elevar el nivel de la participación electoral?, ¿podríamos derivar aprendizajes de los datos históricamente observados?

Según las estadísticas al considerar 94 elecciones de gobernador, la media y la mediana de la participación se ubican en 55 puntos, además, se registra una desviación estándar de 9.9, una participación mínima de 32.73% y una máxima de 75%. El siguiente cuadro lo presenta esquemáticamente.

Cuadro 5.

Estadísticas de la variable “participación electoral”.

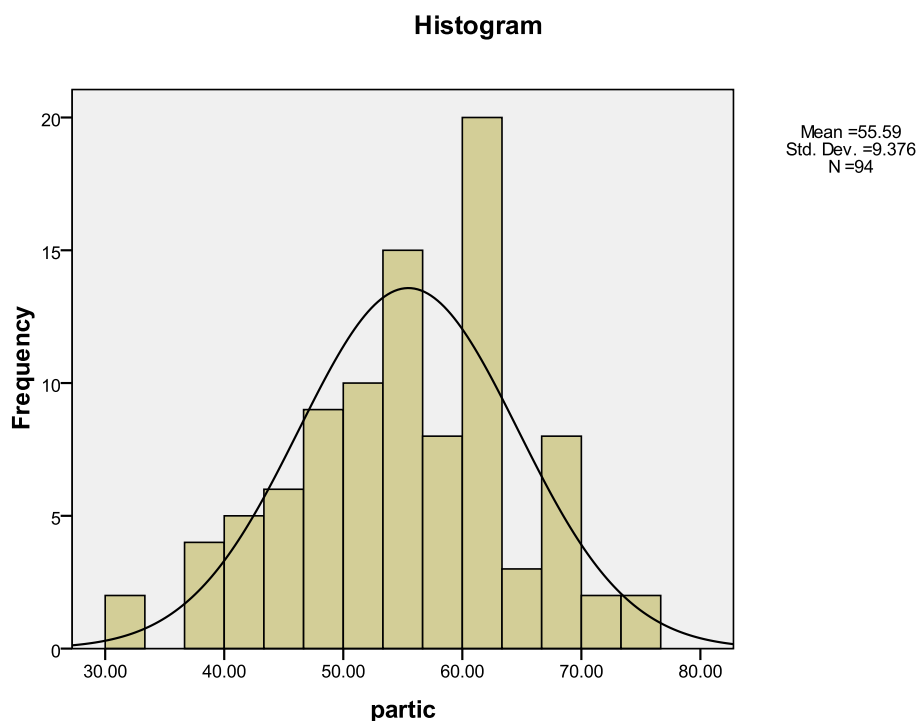
Statistics		
partic		
N	Valid	94
	Missing	0
Mean		55.5854
Median		55.1950
Mode		50.73 ^a
Std. Deviation		9.37596
Variance		87.909
Minimum		32.73
Maximum		75.31

a. Multiple modes exist. The smallest value is shown

La distribución de los datos de participación electoral, más o menos se acoplan a una distribución normal, es decir, el grueso de datos se concentran alrededor de la media, y pocos son los que registran valores muy bajos o muy elevados, esto se puede apreciar en la gráfica 1.

Gráfica 1.

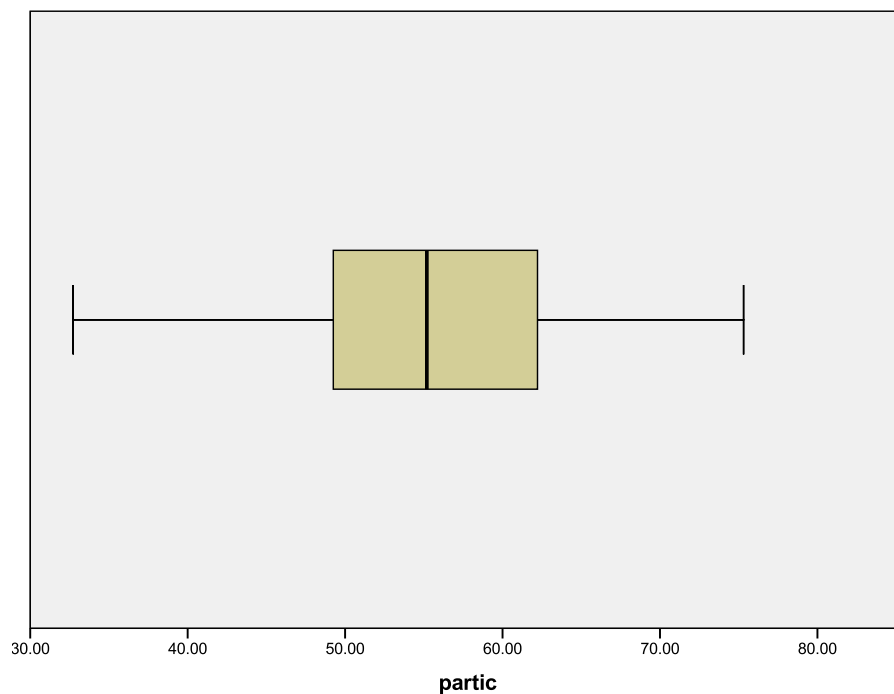
Histograma de la participación electoral en las elecciones de gobernador, como antesala de la alternancia política, 1989-2012.



Para ilustrar mejor la distribución de los datos, se presenta el siguiente diagrama de caja basado en cuartiles, el cual muestra una distribución casi simétrica, y los valores extremos inferior y superior, así como el valor atípico –como el caso 80–, que corresponde a la elección 2012 para elegir gobernador en Tabasco, con una participación electoral muy por encima del resto de elecciones.

Gráfico 2.

Diagrama de caja y brazos, participación electoral en las elecciones de gobernador, como antesala de la alternancia política, 1989-2012.



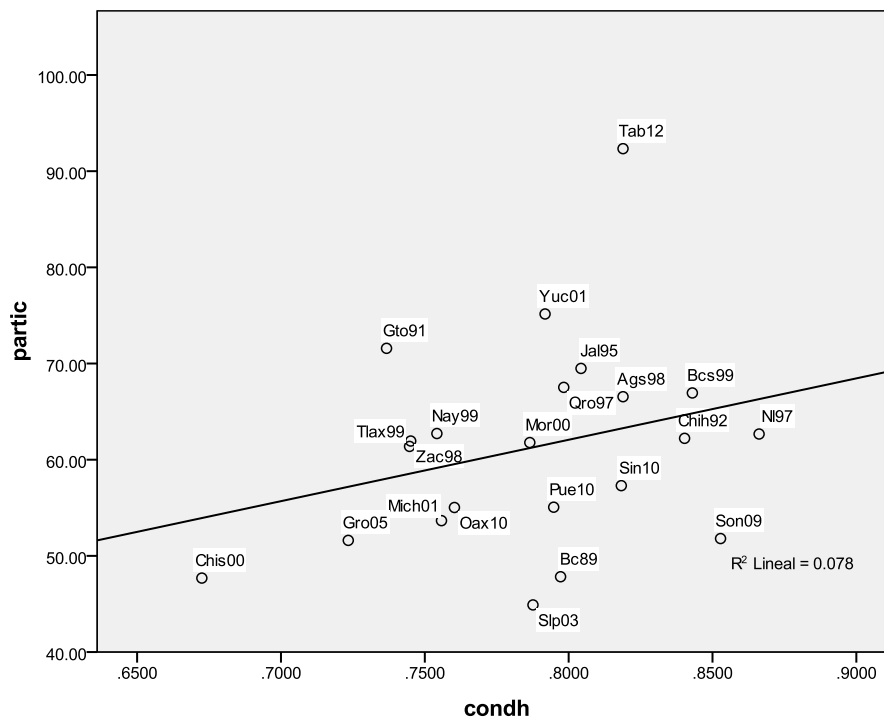
Finalmente se presentan dos gráficos. El primero de ellos muestra los niveles de participación electoral en las elecciones donde se ha registrado la alternancia política en las gubernaturas, y específicamente en aquellas donde ha perdido el PRI por primera vez, es decir, los 22 casos positivos de alternancia.

Como puede observarse en la gráfica 3, existe una amplia variación en los niveles de participación electoral en todas las alternancias políticas consideradas hasta el día de hoy. Para su fácil lectura se presenta la participación electoral asociada con el índice de desarrollo humano. Vale la pena señalar dos casos con baja participación electoral, por un lado Chiapas en el año 2000 es un caso extremo, pues además de tener un bajo desarrollo humano, y una participación electoral muy baja (47.69%), dichas condiciones no impidieron el logro de la alternancia política en la gubernatura; el otro es San Luis Potosí quien registra la alternancia política en la gubernatura con el nivel más bajo de participación electoral (44.9%) pero con mejores niveles de desarrollo humano en relación a Guerrero. En contraste, también contamos con ejemplos de alta participación electoral y logro de la alternancia política, por un lado está el caso de Yucatán que alcanzó su alternancia política con alrededor del 75% de participación electoral, aunque desde la elección anterior a la derrota del PRI la ciudadanía participaba casi en los mismos niveles;

y recientemente Tabasco en 2012 alcanzó una excepcional participación electoral (92.34%) y niveles notables de desarrollo humano en el logro de su alternancia.

Gráfica 3.

Participación electoral e índice de desarrollo humano en casos positivos de alternancia política, 1989-2012.



La última gráfica muestra las 95 elecciones de gobernador, considerando casos positivos y negativos de alternancia, con la finalidad de mostrar que no por elevar la participación electoral se registra la alternancia política en las gubernaturas. Los puntos representan elecciones de gobernador como la antesala de la variable dependiente es decir, la alternancia política.

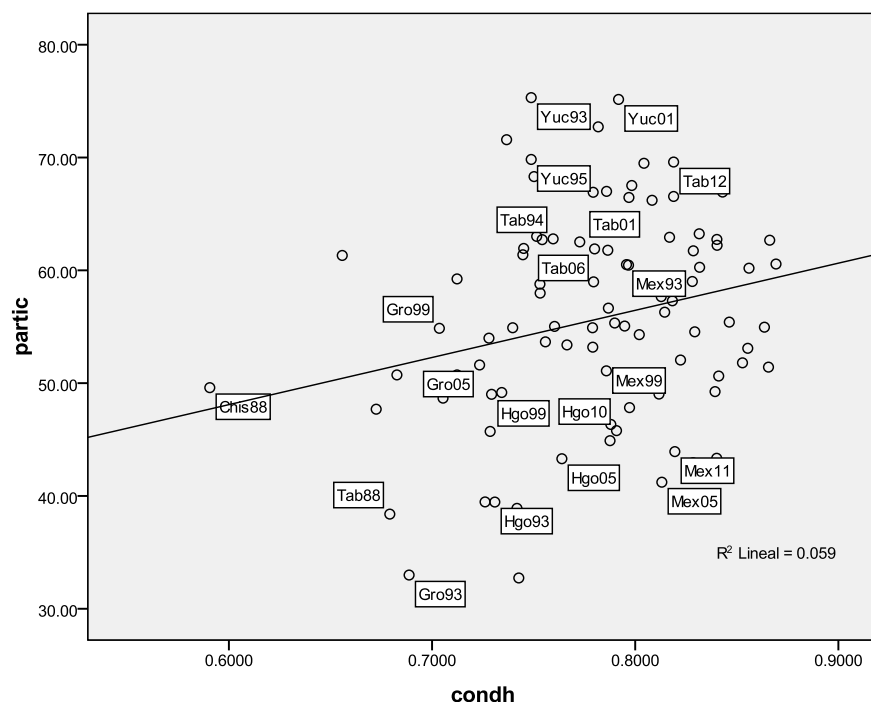
El gráfico 4 muestra algunos casos que me interesa resaltar. Dos casos positivos de alternancia política en la gubernatura, y dos casos negativos. De los casos positivos de alternancia, la de Guerrero no se logró con la mayor participación electoral (2005 con el 51.61%), pues una elección previa, la de 1999 había logrado su nivel más alto (54.86%). En esta entidad, la participación electoral vino de menos a más con el paso de los años. Otro

caso positivo interesante es Yucatán quien logra su alternancia política en 2001 con alrededor del 75% de la participación electoral, cifra similar a la que había alcanzado en la elección de 1993, pero que sin duda es una de las entidades con alta participación electoral (más del 69%) en cuando menos tres elecciones de gobernador registrados.

Ahora veamos dos casos negativos de alternancia, el estado de México e Hidalgo (entidades gobernadas ininterrumpidamente por el PRI). Ambas entidades han experimentado un declive importante en participación electoral en las elecciones de gobernador, aunque de manera distinta. Mientras el primero ha registrado una caída más o menos sistemática en las tres primeras elecciones analizadas (60% de participación en 1993, 51% en 1999 y 41% en 2005), y tiene una mínima recuperación en 2011 (43%), Hidalgo ha tenido amplia variación, de 39% en 1993, pasó al 49% en 1999, sin embargo, en 2005 retrocedió al 43% y en 2010 se mantuvo en 45%. El estado de México es un caso de descenso sistemático de la participación electoral en las elecciones de gobernador, e Hidalgo también comparte los bajos niveles de participación aunque no es un descenso continuo, sino con altibajos. Cabe mencionar que éstas dos últimas entidades están por debajo de la media (55%) en este tipo de elecciones a nivel de los estados de manera comparada.

Gráfica 4.

Participación electoral e índice de desarrollo humano en 95 casos de elección de gobernador, 1989-2012.



Valdría la pena, después de realizar un ejercicio cuantitativo, escoger entidades y elecciones que han alcanzado altos niveles de participación electoral, e indagar en esas elecciones, si hay factores similares en aquellos casos de alta participación electoral, y si dichos factores están ausentes en los casos de baja participación electoral. Al parecer el trópico mexicano (Yucatán y Tabasco) puede contribuir al entendimiento -por contraste y comparación- de la baja participación de las montañas del centro del país (estado de México e Hidalgo). Los estudios de caso de manera exhaustiva están esperando investigadores osados en el trabajo de campo.

Reflexiones finales. El voto es central en una sociedad democrática. Sin este ejercicio garantizado por el estado, los ciudadanos no pueden elegir entre oferta de políticas públicas

de los partidos políticos, ni la conformación de los órganos de gobierno. Sin elecciones, es difícil lograr la renovación de los cuadros gobernantes sin derramamiento de sangre.

Ahora bien, el aseguramiento de este derecho, no garantiza que los ciudadanos acudan a las urnas. Dependerá en gran parte si es una nueva o vieja democracia, y del contexto en particular. Altos niveles de participación electoral se han registrado en regímenes autoritarios, y bajos niveles de participación se registran en democracias consolidadas. En todo caso, no debemos de perder de vista, que dado que nuestra democracia es de reciente instauración, los bajos niveles de participación electoral pueden coincidir con la erosión y descredito de la democracia y su entramado de reglas e instituciones. Sin embargo, el análisis de la participación electoral no guarda consenso acerca de los factores que determinan la participación o el abstencionismo en los procesos electorales.

La distinta mirada –en lugar de centrarse en los factores que producen la elevada participación electoral, invertimos el análisis, para registrar la manera en que ha sido la participación en el logro del cambio político a nivel de las gubernaturas de los estados- permite evaluar “sin romanticismo” si su elevación ha incidido en el cambio político a nivel subnacional en los últimos años.

El ejercicio estadístico no es tan contundente, aunque sí muestra relación significativa. Un ejercicio de comparación en profundidad de ciertos casos positivos y negativos, podría arrojar luz sobre aspectos y variables que usualmente escapan al análisis cuantitativo.

Si los ciudadanos no han utilizado su voto como instrumento de cambio político a nivel subnacional en las gubernaturas, entonces deberíamos de indagar qué otros mecanismos ciudadanos, partidistas o electorales están incidiendo en el cambio político. La consecuencia de esto, es que entonces ¿para qué acudir a las urnas si de todas formas podemos lograr transformaciones o victorias electorales usando otras vías?, ¿cómo elevar la participación ciudadana en medio de un des-dibujamiento ideológico de los partidos en la realización de las alianzas electorales?

Referencias bibliográficas

- Buendía, Jorge y Fernanda Somuano (2003), “La participación electoral en nuevas democracias: la elección presidencial de 2000 en México”, *Política y Gobierno*, vol. X, núm. 2, enero-junio, pp. 289-323.
- Dahl, Robert (1966): “Patterns of Opposition” en Dahl, Robert (ed.): *Political Oppositions in Western Democracies*, New Haven, Yale University Press, pp. 332-347.
- Downs, Anthony (1973), *Teoría económica de la democracia*, Madrid, Aguilar.
- Durand Ponte, Víctor Manuel (2007), “Cultura política y participación ciudadana” en: Secretaría de Gobernación, *Cultura política y participación ciudadana en México antes y después de 2006*, México: Secretaría de Gobernación, pp. 155-190.
- Espinosa Santiago, Orlando (2011), “Arenas de fortuna y virtud. La alternancia política de los gobernadores en los estados mexicanos, 1989-2006”, Tesis de Doctorado, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede México.
- Gómez Tagle, Silvia (2009), *¿Cuántos votos necesita la democracia?, la participación electoral en México, 1961-2006*, México, Instituto Federal Electoral.
- Held, David (1992), *Modelos de democracia*, Madrid, España, Alianza Universidad.
- Hermet, Guy et al (1982), *¿Para qué sirven las elecciones?*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Instituto Federal Electoral (2002), *Las características y obstáculos a la participación electoral en México*, México, Instituto Federal Electoral. <http://www.ife.org.mx/documentos/CFD/anexos/pdf/absten.pdf> [Consultado el 5 de septiembre de 2011].
- Instituto Federal Electoral (2011), “La participación ciudadana en las elecciones federales de 2003”, México, Instituto Federal Electoral. http://www.ife.org.mx/documentos/wwworge/part2003/nacional/nac_t.html [Consultado el 18 de septiembre de 2011].

Linz, Juan J. (2000), *Totalitarian and authoritarian regimes*, Colorado, USA: Lynne Rienner Publishers.

Lutz, Bruno (2005), “La participación electoral inconclusa: abstencionismo y votación nula en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 67, núm. 4, octubre–diciembre, pp. 793-826.

Merino, Mauricio (1997), *La participación ciudadana en la democracia*, México, Instituto Federal Electoral.

Merino, Mauricio (2003), *La transición votada. Crítica de la interpretación del cambio político en México*, México, FCE.

Meyenberg, Yolanda y Julia Flores (coords.) (2000), *Ciudadanos y cultura de la democracia*, México, Instituto Federal Electoral.

Moreno, Alejandro (2009), *La decisión electoral. Votantes, partidos y democracia en México*, México, Miguel Ángel Porrúa.

Norris, Pippa (2002), “La participación ciudadana: México desde una perspectiva comparativa”, Massachusetts, Harvard University.
<http://www.hks.harvard.edu/fs/pnorris/Acrobat/Mexican%20Civic%20Engagement%20Norris%20espanol.pdf> [12 de septiembre de 2011].

Norris, Pippa (2007), "Political Activism: New Challenges, New Opportunities", in: Boix, Carles (ed.) and Susan Stokes (coed.), *The Oxford handbook of comparative politics*, Oxford, Oxford University Press, pp. 628-652.

Oskarson, Maria (2005), “Social Structure and Party Choice”, in Jacques Thomassen (comp.), *The European Voter: A Comparative Study of Modern Democracies*, Oxford, Oxford University Press.

Pasquino, Gianfranco (1995[1998]): *La oposición*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 39-80.

Przeworski, Adam, (1995), *Democracia y mercado: reformas políticas y económicas en la Europa del Este y América Latina*, Cambridge: Cambridge University Press.

Riker, William H. (1982), *Liberalism against populism: a confrontation between the theory of democracy and the social choice*, Illinois, USA, Waveland.

Sartori, Giovanni (1988), *Teoría de la democracia*, México, Alianza Universidad, (vol. 1, los debates contemporáneos).

Schedler, Andreas (2009), “The contingent power of authoritarian elections”, en Staffan I. Lindberg (ed.), *Democratization by elections*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, pp. 291-313.

Schumpeter, Joseph A. (1983), *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Orbis.

Sommano Ventura, María Fernanda (2005), “Más allá del voto: modos de participación política no electoral en México”, *Foro Internacional*, vol. XLV, núm. 1, enero-marzo, pp. 65-88.

Temkin, Benjamín et al. (2007) “Capital social o estructura política: explorando la participación ciudadana” en: Secretaría de Gobernación, *Cultura política y participación ciudadana en México antes y después de 2006*, México, Secretaría de Gobernación, pp. 135-154.

Base de datos

CIDAC (2012) Base de datos electorales.